Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo*, 2002, Madrid, ed. de Antonio Lorente Medina, Clásicos Castalia, 333 p.

En 1987 la Universidad Nacional Autónoma de México publicó, con un esclarecedor estudio introductorio de Juan Bruce-Novoa, las tres versiones periodísticas de la ya clásica novela de Martín Luis Guzmán *La sombra del Caudillo* (1929). Desde entonces, la lectura de esta obra se ha visto considerablemente enriquecida y modificada, y más aún si a este hecho agregamos las claves que el mismo Guzmán nos otorga sobre su novela en la entrevista con Emmanuel Carballo (*Protagonistas de la literatura mexicana*). Lo cierto es que desde hace ya muchos años que *La sombra...* reclama una edición crítica, y resulta sorprendente que hasta el 2002 no se haya publicado una rigurosa versión que no sólo pusiera a su servicio una parte del extraordinario acervo crítico en torno a *La sombra...*, sino también que utilizara las versiones periodísticas y las claves que otorga el autor, además de esclarecer mexicanismos o términos utilizados durante las épocas de la Revolución y la post revolución. Recientemente, este hueco ha sido llenado en un primer intento de edición crítica por el catedrático español Antonio Lorente Medina, quien se dio a la tarea de publicar una versión anotada de *La sombra...*, una obra clásica ‘por sus valores estéticos permanentes’. Sin dudas, Guzmán se halla entre los mejores prosistas mexicanos y *La sombra...* sigue siendo, hasta hoy, una de las mejores novelas del siglo XX en nuestro país.

Antes de pasar al análisis biográfico y de la obra en cuestión, Lorente se pregunta sobre el olvido en que permaneció durante mucho tiempo Guzmán: “¿Fue tanto el desprecio que concitó su defensa a ultranza al presidente Díaz Ordaz en la matanza de Tlatelolco como para que fuera condenado al olvido? ¿O fue la renovación artística, operada en el continente, la que posibilitó el abandono de su lectura?” Personalmente, no llamaría olvido a lo ocurrido con Guzmán, ya que pocas novelas han tenido tantas ediciones como ésta, y pocas películas (en este caso, la de Julio Bracho, basada en *La*

RESEÑAS

sombra...) han tenido una poderosa leyenda detrás debido a su prohibición y a su constante exhibición clandestina. En todo caso, se trata de un olvido relativo, o más bien una tibieza o frialdad. Tampoco pienso que el apoyo a Díaz Ordaz haya influido mucho para la gestación de esa tibieza, ya que otros autores de renombre, como Agustín Yáñez y Salvador Novo, apoyaron a ese presidente. Más bien creo que las nuevas generaciones, a partir de los años cincuenta, con las renovaciones literarias de Rulfo, Yáñez y el llamado ‘realismo mágico’, conjuntamente con el llamado *boom* de la literatura latinoamericana, centraron su atención en nuevas propuestas estéticas y en otros autores. Se trata del famoso movimiento pendular del arte. Como el mito, las obras artísticas nacen y mueren, pero también resucitan o reencarnan en nuevas ediciones cuando una época las requiere.

154

En cuanto al análisis biográfico, Lorente es a un tiempo conciso y detallado. Como toda buena biografía, el autor no escatima el contexto social e histórico, y a través del desarrollo personal y familiar de Guzmán, se nos abre el panorama del desarrollo nacional: la importancia del positivismo en sus versiones comtiana y spenceriana, el surgimiento de la Escuela Nacional Preparatoria a instancias de Gabino Barreda, la imprescindible figura de Justo Sierra, el surgimiento de la Sociedad de Conferencias y del mítico Ateneo de la Juventud, entre otros muchos temas. La bibliografía empleada en la ‘Introducción’ es básica y contundente, a pesar de que se extrañan algunos libros, como *Mi contribución al nuevo régimen*, de Alberto J. Pani (ex ateneísta) y *El Ateneo de la Juventud y la Revolución mexicana*, de José Rojas Garcidueñas, así como algunos estudios en torno a Guzmán, como el de José Revueltas (“Universalidad y mexicanidad de Martín Luis Guzmán”); en torno a Álvaro Obregón (el estudio de Narciso Bassols), así como la importantísima entrevista de Mario Puga al autor de *La sombra...*, publicada en 1955 en la *Revista de la universidad*. No obstante, estas carencias son subsanadas por el rigor interpretativo, la penetración en la lectura de los textos y una aportación que a mi juicio es sustancial: la percepción de la prensa madrileña sobre la tragedia mexicana de aquella época (los asesinatos de Serrano y Arnulfo Gómez). Recordemos que Guzmán tuvo dos exilios madrileños y que la novela que nos ocupa fue publicada en España. Lorente describe esos exilios y nos da una clave hasta hoy casi desconocida: fue en la actual calle Conde de Peñalver n° 42 (la antigua Torrijos) donde vivieron Guzmán, Alfonso Reyes y Jesús T. Acevedo. Extrañamos, sin embargo, la

RESEÑAS

alusión a las emotivas imágenes que Alfonso Reyes nos ha dejado sobre la convivencia en Madrid con sus dos amigos del Ateneo.

Para continuar con el tema español, otra de las aportaciones del estudio introductorio es el análisis y comentario más o menos detenido de la actitud crítica de Guzmán para con *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, crítica que el escritor mexicano toma en cuenta para construir su propia novela de la dictadura caudillesca, pero que yo sin embargo no juzgaría como un distanciamiento absoluto del modelo valleincliniano.

Por su parte, en el análisis de la obra propiamente dicho, el autor de la 'Introducción' enfoca de modo preferente la técnica de simetría contrastante con que Guzmán compone su relato; los diversos paralelismos o inversiones de escenas (el símbolo del *Cadillac* al inicio y al final; la intoxicación etílica de Axkaná –encarnación de los ideales ético-estéticos del narrador– y la actitud amenazante de Aguirre para con Zaldívar, a fin de arrancarle la confesión; el contraste luz-sombras, belleza-fealdad, etc.). El crítico también subraya el uso de una técnica cinematográfica, la concentración de acciones en un tiempo limitado –rasgo del teatro clásico– y lo llamativo que resulta la cantidad de hechos que ocurren en un breve lapso, así como la concisión con que el novelista mexicano supera largos espacios temporales. Guzmán contrabalancea “el tiempo real de la aventura con el tiempo de la narración. Reduce los largos períodos de duración a lo esencial, con resúmenes iterativos que actúan como presentadores de la tragedia personal del protagonista y del drama de los acontecimientos. En cambio, el grueso del discurso narrativo lo constituyen escenas dinámicas de cortísima duración real [...]”

Un tema atractivo por estar íntimamente vinculado con la historia de México son los referentes reales de esta novela, en la que su autor se preocupa por denunciar la carencia del carácter democrático e impersonal (o anticaudillesco) que debería poseer todo gobierno. Lorente fundamenta su análisis en la mencionada entrevista de Carballo, así como en las mismas fuentes históricas (la rebelión delahuertista y el asesinato del general Serrano). Sin embargo, existen muchas otras correspondencias o simetrías con la realidad. Considero que, así como Ignacio Aguirre es una amalgama de Adolfo de la Huerta y de Francisco Serrano –ya que hay dos momentos históricos distintos que Guzmán mezcla–, así el Caudillo es –si tomamos en cuenta los dos momentos– una amalgama de Obregón y Calles (que en realidad eran una *mancuerna*), y esto a pesar de que Guzmán revele que *sólo* corresponde a Obregón por su descripción física. De igual modo, en Hilario

RESEÑAS

Jiménez podemos encontrar a los dos. Algo que Guzmán no dijo a Carballo fueron los nombres de los asesinados en Huitzilac, además del general Serrano. Tal vez esto no posea mucha importancia para el estudioso de la literatura, pero se trata de los protagonistas de la tragedia real (a la que incluso se le dedicó un corrido, dato que casi ningún crítico ha tenido en cuenta) y los consigno a continuación: Francisco Serrano, Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta, Daniel A. Peralta, ex general Carlos B. Araiza, licenciado Rafael Martínez Escobar, Alonso Capetillo Robles, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Octavio Almada, José Villa Arce, licenciado Otilio González y Enrique Monteverde. El segundo de la lista, Carlos A. Vidal, fue nada menos que el fundador del Comité ‘Pro-Serrano’ y director de la campaña de este general, lo que me lleva a sospechar que el personaje Olivier (fundador de un bloque ‘pro-Ignacio Aguirre’) tiene algo de él (a este respecto, véase mi libro *El Presidente y el Caudillo*. México: Ediciones Coyoacán, 2000, donde se analizan y comentan con detalle los referentes reales, su proceso de *mitificación* a través de la literatura y el elemento trágico de la novela de Guzmán). Tal vez estos datos sirvan a Lorente para una posible segunda edición de su obra.

156

El editor y crítico también estudia la conformación del héroe trágico. La tragedia aparece cuando es evidente “el enfrentamiento del hombre con una fuerza que lo sobrepasa; la presencia del destino que coloca al héroe en una situación extrema y lo lleva a la catástrofe”. Para ello es decisiva la soberbia (*hybris*) del héroe. Ahora bien, hay un elemento que a mi juicio se le escapa a Lorente y que me parece decisivo: la *hamartia*, el error, el no dar en el blanco y, en el caso de Aguirre, su ingenuidad, su extrema confianza en el valor de la *amistad*. Fue esa confianza la que sin dudas posibilitó la traición. Aguirre fue movido por la amistad y su ingenuidad lo hizo caer; pretendió redimir el honor de su amigo tras la tortura que éste sufrió: ‘ya me colmaron el plato’, dice. Axkaná, de hecho, es el único que confía con plenitud en la sinceridad de su amigo, pero le advierte que ‘políticamente’ el Caudillo tiene razón en desconfiar de él. Aguirre le contesta que no hay punto político entre el Caudillo y él: ‘es punto de *amistad*, de compañerismo’. Pero Axkaná le replica con inteligencia: “Eso es un error también. En el campo de las relaciones políticas la amistad no figura, no subsiste. Puede haber, de abajo arriba, conveniencia, adhesión, fidelidad; y de arriba abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad simple, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible.” Aguirre no da

RESEÑAS

crédito a estas palabras, pero poco antes, el narrador había advertido que Axkaná ‘conocía a fondo el mundo político de México’, lo que lo asemeja a Olivier, con la diferencia de que el primero era amigo de verdad de Aguirre (véase mi citado libro). Pero la tragedia, como lo advierte Lorente, va más allá del plano individual: el mensaje que Guzmán quiso transmitir es sobre todo la tragedia de un sistema político corrupto.

Antes de concluir esta ‘crítica de la crítica’, quisiera referirme brevemente al empleo sobre todo de las fuentes periodísticas. Creo que hubiese sido interesante que el editor no se contentara sólo con señalar las variantes entre las ediciones periodísticas y la autorizada, sino también, por lo menos a veces, citar en nota a pie fragmentos de los pasajes significativos donde hay supresión o variante, con el objeto de ilustrar un cambio y hacer que el lector se dé clara idea del proceso de gestación de la versión autorizada. Como ejemplo, recordemos la excelente descripción –suprimida en la versión autorizada y sólo incluida en una de las versiones periodísticas– del romance entre Rosario e Ignacio Aguirre, escena sólo mencionada por Lorente, pero que hubiera sido interesante –como ya lo he dicho– reproducir.

La sombra del Caudillo, obra que no es, contra lo que muchos lectores creen, ‘novela de la Revolución’ ni revolucionaria, sino de la dictadura, y más exactamente, de la dictadura caudillesca, es quizá una de las obras imprescindibles de la literatura mexicana. Si bien nunca existe la última palabra sobre una obra de arte, cada palabra contribuye a un mayor goce de dicha obra. Por todo lo anterior, el esfuerzo de Lorente es elogiable y por ello mismo lo exhortamos a que enriquezca aún más su ya de por sí rica aportación a la crítica en torno a esta célebre novela.

157

JUAN ANTONIO ROSADO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM